



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Rodeado de imponentes montañas se encuentra el pequeño pueblo alpino de Fontana Fredda, un lugar ideal para empezar de nuevo. A principios de otoño Fausto decide dejar atrás un matrimonio fallido y la vida asfixiante de Milán para instalarse durante una temporada indefinida en la zona donde pasó los veranos de su infancia. Mientras ocupa su soledad en darle una nueva voz a su escritura, el invierno llega y los ahorros se terminan. Fausto comienza, entonces, a trabajar como cocinero en el restaurante regentado por Babette, una mujer que también se fue de la ciudad mucho tiempo atrás para abrir El Festín de Babette, un local que toma su nombre de la famosa novela de Karen Blixen, y donde se da de comer a familias de esquiadores y a los montañeses que trabajan en las pistas de esquí. Allí, Fausto conoce a Santorso, un guarda forestal retirado, a ganaderos y leñadores, y a Silvia, una joven camarera de paso por la aldea a la búsqueda de las montañas de cuatro mil metros que coronan el Valle de Aosta.

Bajo el rumor del inminente regreso de los lobos a la región, Fausto y Silvia inician una relación sin ataduras, anclada en el deseo, la ternura y el presente. Con la llegada del deshielo y la primavera, Babette cierra las puertas de su restaurante y parte lejos de allí, Silvia se va valle abajo en busca de otro trabajo, y Fausto regresa a Milán para cerrar su divorcio. El verano lo trae nuevamente a Fontana Fredda, donde las aventuras alpinas se suceden, y él reparte los días entre su trabajo en el bosque como cocinero de los leñadores y las visitas a Silvia, que pasa la temporada estival en un refugio a 3.500 metros de altura en las laderas del Monte Rosa. El otoño, sin embargo, separa una vez más a los amantes, y Silvia emprende la vuelta a casa y a la ciudad después de su intensa experiencia en la alta montaña. Fausto, en cambio, cierra un trato con Babette, que le traspasa el restaurante, y elige echar raíces en la aldea, acompañado por esas montañas donde hombres y mujeres proyectan su imaginación y sus sueños.

CLAVES DE LA NOVELA

Después de la celebrada novela *Las ocho montañas*, Paolo Cognetti regresa en *La felicidad del lobo* a los Alpes del Valle de Aosta, un territorio literario personal hecho de cumbres escarpadas, glaciares, refugios, prados y bosques, pero también de lugareños y recién llegados con ansias de nuevos comienzos. Montañas, hombres, mujeres y la fantasmática presencia del lobo comparten protagonismo en una obra escrita con la prosa apacible y cristalina que caracteriza al autor italiano.

Despojando a la narración de estridencias y artificios innecesarios, Cognetti hace de la sencillez bien entendida el modo ideal de evocar toda la potencia de la naturaleza y, a su vez, la intimidad y los matices de los lazos que se tejen entre amantes, amigos o padres e hijos. Entre ecos de Jack London, Ernest Hemingway, y de hitos de la literatura de naturaleza y viajes como *Hacia rutas*

salvajes, *La felicidad del lobo* nos invita a adentrarnos en la montaña, sus ciclos estacionales, y sus códigos y rituales. Los Alpes que retrata Cognetti, sin embargo, no son un paisaje puramente salvaje como el inhóspito norteamericano, sino un entorno donde la huella humana está presente desde hace siglos, y coexisten diferentes maneras de habitar, explotar y preservar un medio en delicado equilibrio.

En su nueva novela, Cognetti explora, justamente, los entresijos de la interacción entre humanos, animales y paisaje, y encuentra allí el precioso material para una historia que nos habla de sueños y deseos de libertad, de la búsqueda de la propia identidad y una felicidad esquiva, y de esa misteriosa y profunda fascinación que ejercen las montañas en aquellos que las contemplan y caminan.

LOS PERSONAJES

FAUSTO

A los cuarenta años, y tras una amarga separación, Fausto decide dejar Milán e instalarse en la región donde pasó sus veranos de infancia y su padre lo inició en el montañismo. Fausto es escritor y ha publicado una novela, pero ahora necesita descubrir una nueva voz para su escritura.

«¿Escribes?

Cuando tengo tiempo.

¿Y qué escribes?

Fausto cogió de la estantería el libro que había publicado años antes. Historias de parejas, en gran parte. Parejas que se cansaban, se traicionaban, se dejaban, o que seguían juntas para luego hacerse todavía más daño. La clase de historias que le interesaban entonces, y que ahora le parecían escritas por otro.»

SILVIA

Silvia tiene veintisiete años, ha estudiado arte y ahora se gana la vida como temporera por el norte de Italia. Nunca ha estado en la alta montaña, y tras la exigente experiencia del verano en el refugio, decide regresar una temporada junto a su padre, en un piso de extrarradio.

«No era la clase de chica que uno se esperaba encontrar entre los montañeses: joven, alegre, pinta de aventurera, que sirviera polenta y salchichas parecía otra señal de los tiempos, como las floraciones fuera de temporada, o como los lobos que se decía que habían regresado a los bosques.»

BABETTE

Babette es el apodo con el que todos conocen a Elisabetta, una mujer determinada que hace treinta y cinco años cambió Milán por Fontana Fredda y allí abrió su restaurante El Festín de Babette, inspirada por la novela de Karen Blixen y su personaje de la cocinera y antigua revolucionaria. Tras haber echado raíces en el pueblo y tener una hija con Santorso, Babette ahora siente la necesidad de partir para cambiar otra vez de aires y abrirse a nuevas historias.

«En un momento dado había montado un restaurante en un local cuyos únicos clientes, en primavera y en otoño, eran albañiles y ganaderos, y al que bautizó como El Festín de Babette. Desde entonces todo el mundo la llamaba así, nadie recordaba su nombre de antes. Fausto trabajó amistad con ella porque había leído a Karen Blixen e intuido un sobrentendido: la Babette del relato es una revolucionaria que, tras fracasar la Comuna de París, acaba siendo cocinera en una aldea de pescadores en Noruega. Esa otra Babette no servía sopas de tortuga, pero tendía a adoptar a los huérfanos y a buscar soluciones prácticas a problemas vitales. Una vez que escuchó los suyos, le preguntó: ¿Sabes cocinar?»

SANTORSO

Cliente habitual de El Festín de Babette, Santorso es un guarda forestal retirado y huraño que ahora trabaja como operario en las pistas de esquí. Conoce a la perfección los bosques de Fontana Fredda, donde ha nacido, y sus mayores aficiones son la caza del gallo lira y beber alcohol. Cuando sufre un accidente que lo invalida, Fausto cuida de él hasta que llega su hija para hacerse cargo. A cambio, Santorso le enseña al recién llegado algunos de los secretos del lugar.

«Empezó con una taza llena de ginebra hasta la mitad y la otra mitad de agua de Fontana Fredda, aquella agua bendita que llegaba directamente del glaciar, luego continuó toda la tarde de agosto perdiendo poco a poco la noción del tiempo y de la dosis de la mezcla, a veces ponía más agua, a veces más ginebra, pero siempre tenía ese rico sabor a enebro y le limpiaba el alma de herrumbre e incrustaciones. Exmarido, exforestal, ahora probablemente exconductor de pisanieves, dos hierros viejos en lugar de manos y la grasa que le obturaba las venas, la ginebra le limpiaba todo a Luigi Erasmo Balma, llamado Santorso, como el antiguo monje irlandés. Según se contaba, ese tipo había llegado de su isla verde para ser ermitaño entre los montañeses. Ermitaño, ¿por qué no?»

LOS LOBOS

Animales errantes que atraviesan los bosques en busca de alimento, los lobos habían abandonado el Valle de Aosta pero, según se rumorea en los valles vecinos, su regreso es inminente. Los ganaderos están alerta y los esperan con temor; para otros pobladores, en cambio, este retorno de lo salvaje desata una mezcla de curiosidad y fascinación.

«Las huellas de una liebre entre los abetos, las de un zorro que fisgaba por los establos cerrados. Las pezuñas de los ciervos que desde el bosque se aventuraban hasta el camino asfaltado, adonde los atraía la sal esparcida por el hielo. Todavía no había ninguna señal de lobos. En otoño habían sido avistados en los dos valles de al lado, por lo que no iban a tardar en llegar, o a lo mejor ya habían llegado, pero estaban en guardia estudiando la situación. Ahí donde la nieve desaparecía las historias también se interrumpían, como las cosas que él solo sabía a medias.»



FRAGMENTOS

LA MONTAÑA

«Silvia empezaba a tener sueño. Estaba tumbada de lado cuando dijo: Verás, encontré un libro de geografía para niños en la librería. Decía que ascender mil metros en los Alpes equivale a desplazarse mil kilómetros hacia el norte.

¿En serio?

Sí, por el clima. La flora, la fauna y demás. Decía que el clima cambia mucho más rápidamente en altitud que en latitud, de manera que un corto desnivel equivale a un largo viaje.

Bonita idea.»

«Pasang se dio cuenta de que se quedaba rezagada, o puede que ya hubiera decidido hacer una parada, y entonces dejó la mochila debajo de una roca que protegía del viento. Ya llevaban dos horas andando.

Vamos bien, dijo.

¿A qué altura estamos?

Tres mil metros. Puede que algo más.

Entonces aquí está el círculo polar. La niebla dejaba entrever los dos valles que

tenían a sus pies: las morrenas glaciales, los torrentes blancos y rápidos, los primeros pastos pobres, ya todo estaba debajo de ellos.»

«Cuando salió de los baños el hielo brillaba. Absorbía el resplandor del cielo estrellado y lo devolvía a la noche. Ante aquella vista, cuando estaba sola, Silvia se sentía en presencia de un cuerpo celeste, de un planeta perennemente pulido por el viento. De ahí no llegaba ningún ruido, era un desierto inmóvil y perfecto y blanco. Se volvió hacia el valle y vio las luces de los pueblos situados dos mil metros más abajo. Ahí estaba el viejo planeta azul. Ahora sentía una forma aguda de nostalgia. Lo tenía tan cerca que podía distinguir las farolas, los escasos coches que circulaban por las calles, las gasolineras. Se dijo que un rato antes los chavales estaban en la plaza bebiendo cerveza, fumando y charlando, mientras la música sonaba en los locales. En el viejo planeta azul, en ese desastroso planeta acababa de empezar el verano. Entonces sintió de nuevo frío y entró.»

«Pasang, ¿te puedo preguntar algo?

Claro que sí.

Tú que has estado ya tantas veces, ¿has comprendido por qué van? ¿Qué hay arriba?

Viento.

¿Viento?

Y nieve.

¿Y qué más?

Con suerte, sol. ¡Si no hay nubes!

El sherpa se rio. Dos veces en el Everest, pero era imposible arrancarle una filosofía. Cuando hablaba todo parecía estar simplemente en el mundo: cubo, trapo, viento, sol, nieve.»

«Ese lugar no figuraba en los mapas ni en los recuerdos de Fausto. Treinta años antes aquello era un glaciar, y su padre lo llevaba a verlo. Se notaba que el retroceso había ocurrido hacía poco, porque en los montículos no había musgo ni líquen y la arena tampoco se había convertido en terreno fértil, apenas alguna hierba pionera empezaba a crecer. Fausto comprendió que estaba contemplando un trocito de tierra que acababa de emerger a la luz del sol, al que el hombre aún no había dado nombre ni registrado en sus mapas.»

«Después de todo un invierno en la montaña, Fausto sintió una especie de estupor cuando bajó al valle: en Tre Villaggi prácticamente ya no había nieve, y debajo de los mil metros la hierba cobraba color. El bosque de abetos y alerces se pobló de abedules, robles, hayas, arces, castaños, se volvió más tupido y exuberante, y las casas en vez de ser de piedra eran de ladrillo y tejas, y los almacenes, de cemento. En el peaje de la autopista puso instintivamen-

te la radio y oyó el noticiario de las ocho. Todo llegaba a la vez: el valle, la autopista, los camiones, las ocho de la mañana, las noticias intrascendentes del día.»

«Un mes en la llanura y su voz ya llegaba de muy lejos. Era algo en lo que Fausto había reparado otras veces, también en sí mismo, uno veía la montaña de una manera cuando estaba cerca de ella, y de otra cuando estaba lejos. Cuando estaba lejos la realidad se difuminaba en una idea: los bosques, las casas, los campos, los torrentes, los animales y los hombres se convertían en un triángulo con la nieve en lo alto, el monte Fuji en el horizonte de los dibujos de Hokusai.»

«Entonces creía que el glaciar era eterno e inmutable, una parte de la montaña que encontraría siempre ahí, entre la roca y el cielo. Su padre, en cambio, había comprendido lo que estaba pasando: si algo desaparece, otro algo lo reemplazará, le dijo. Así es el mundo, ¿sabes? Somos nosotros los que siempre añoramos lo que había antes.»

«De manera que esa era la ciudad perdida de Felik. Los primeros cuatro mil metros de la vida de Silvia. Debajo de ellos se confundían los valles que el sol apenas rozaba, el planeta azul empezaba de nuevo a debatirse, y alrededor resplandecía la superficie de ese astro helado. Las cumbres del Rosa parecían cortadas a espada. Las cordadas que ascendían hacia ellas se distinguían perfectamente. Todo era tan claro y esencial que ella empezó a comprender de otra manera la respuesta que le había dado Pasang. Nieve, viento, sol.»

SUEÑOS Y EL DESEO DE LIBERTAD Y FELICIDAD

«Los sentimientos son gafas de colores, engañan a la vista. ¿Conoces ese proverbio zen sobre las montañas? Dice: “Antes de acercarme al zen, para mí las montañas solo eran montañas y los ríos solo eran ríos. Cuando empecé a practicar, las montañas ya no eran montañas y los ríos ya no eran ríos. Pero cuando alcancé la claridad, las montañas volvieron a ser montañas y los ríos volvieron a ser ríos”. Creo que tú y yo podemos entender bien este cuento, pues ese lugar está lleno de los significados que le hemos dado nosotros. Los significados están entre los campos, los bosques y las casitas de piedra. ¿Cuando para mí la montaña significaba libertad, veía libertad hasta en las vacas del prado! Pero la montaña en sí misma no tiene ningún significado, solo es un montón de piedras por el que corre agua y crece hierba. Ahora para mí ha vuelto a ser lo que es.»

«Esa noche se sintió muy solo. ¿Qué le había dicho ella? *¿No te vuelvas malo?* Pensó en la espalda de Veronica alejándose deprisa para que él no la viese llorar. Pero ¿qué hacía ahí un idiota de cuarenta años sin familia ni trabajo, aparte de seguir la ridícula utopía del *vive-en-el-sitio-donde-eres-feliz?*»

«Fausto había leído en alguna parte que los árboles, a diferencia de los animales, no pueden buscar la felicidad desplazándose a otro sitio. El árbol vive donde ha caído su semilla, y para ser feliz

tiene que arraigarse allí. Sus problemas, si puede, los resuelve sobre el terreno, de lo contrario muere. La felicidad de los herbívoros, en cambio, reside en la hierba, eso en Fontana Fredda era una verdad palmaria: en marzo en el valle, en mayo en los prados a mil metros, en agosto, en las alzadas alpinas situadas más o menos a dos mil, la segunda modesta floración. El lobo seguía un instinto menos comprensible. Santorso le había contado que no se comprendía por qué se desplazaba, a qué respondía su inquietud. Llegaba a un valle, donde a lo mejor encontraba mucha caza, pero por la razón que fuera no se quedaba y de repente abandonaba todas esas delicias y se marchaba a buscar la felicidad a otro lado. Siempre a nuevos bosques, siempre a la cima siguiente, persiguiendo el olor de una hembra o el aullido de una manada o nada tan evidente, llevándose el canto de un mundo más joven, como escribió Jack London.»

«Concentrada como estaba, resurgió el sueño: su madre le pedía que no se marchara al refugio, porque en casa la necesitaban, y discutían. Silvia le decía: ¿entonces, todo eso de la educación por la libertad y la valentía solo vale para los demás pero no para mí? Y su madre respondía: pues verás, muchas veces hace falta más valor para quedarse que para irse, con las palabras siempre la había ganado, qué rabia le daba.»

VOCACIONES, PROFESIONES Y LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD

«Mientras Fausto servía el vino, le pidió que le contara cómo se había hecho escritor.

¿Sabes quién me arruinó la vida? Jack London. Porque yo no creía que tuviese nada que contar, pero la idea me parecía tan emocionante. Escribir, beber, vivir al día. Tener chicas como los escritores.

¿Cómo son las chicas de los escritores? Están locas.»

«Dejé la universidad porque estaba convencido de que no tenían nada que enseñarme. Leía por mi cuenta todo lo que encontraba. Me ponía a escribir de noche, o en el metro, o en el bar, eso era la vocación.

Yo nunca la he tenido.

¿No?

Siempre he seguido a la gente. Y también me he dejado llevar por el azar. Puede que haya seguido la vocación de los demás.

Pero aquí has venido sola.

Sí, aquí sí.

¿En cambio, sabes qué hice yo en cuanto recibí los ejemplares de ese libro?

¿Qué hiciste?

Fui al registro para cambiar el carné de identidad. Dije que lo había perdido. Y cuando me preguntaron cuál era mi profesión, dije que era escritor. Llevé el libro como prueba.»

«Cocinero de los retenes forestales. A Fausto Dalmasso, el escritor, Fontana Fredda le estaba enseñando un par de cosas. La

primera: siempre se necesita a alguien que cocine; a alguien que escriba, no siempre.»

EL REGRESO DE LOS LOBOS

«Se acercó para verlo mejor, y por los cuernos juzgó que debía de tener unos diez años, era un ejemplar viejo para una zona de caza. Después se dio cuenta de que lo habían destripado, pero hacía poco, y que las tripas seguían ahí, a pocos metros del cuerpo. Era probable que la gamuza hubiese muerto ese mismo día. Su cazador había arrancado y tirado el intestino que no le gustaba, había vuelto después para comerse el corazón, el hígado y los pulmones. ¿Habría interrumpido la comida porque había aparecido alguien? Pero ¿y si ese alguien era precisamente él? Santorso miró en derredor. En la oscuridad no vio sino rocas y los reflejos del torrente.

Y aquí estás, pensó. Pues bienvenido. Unos se van y otros vuelven, ¿no? Unos la palman, otros follan y otros van de caza. El mundo es de quien se lo queda.»

«Llevaban aún el collar y el cencerro, las marcas auriculares amarillas, alguna tenía las patas rígidas en el aire y la lengua fuera. Hasta muertas parecían patosas, desentonaban en ese lugar que no era de vacas, sino de gamuzas y de cabras monteses, y ahora también de lobos.

Lobos jóvenes, pensó Santorso. Los jóvenes son los que matan por diversión, los viejos lo hacen solo por hambre. Este ya no era un lobo solitario sino una manada que había sepa-

rado metódicamente a las terneras, las había hecho subir por la pendiente y luego bajar al despeñadero. Mientras las perseguían, les fueron mordiendo el vientre, los cuartos traseros y las ubres, todo les había resultado muy fácil con esos animales que ya no sabían defenderse ni escapar, animales domésticos en ambiente salvaje. Los lobeznos se lo debieron pasar bomba, después comerían hasta reventar, y por fin se irían a digerir a algún otro sitio.»

«El lobo levantó el hocico al viento, esperó que cambiase de nuevo y le llevase más noticias de abajo, y obtuvo respuesta: el olor del hombre ya era la cola de un olor, el rastro de alguien que ha pa-

sado por ahí y que ya se ha ido. Observó los campos incultos y las chimeneas apagadas, y le pareció otro más de los pueblos deshabitados que había visto a lo largo de su viaje. Sí, el adversario había perdido fuerza, quizá no hasta el extremo de haberse vuelto inofensivo, pero lo suficiente como para que él se pudiese arriesgar. A lo mejor había que modificar las viejas reglas.

Tuvo además otra sensación, ajena al hambre, la caza, el miedo, la prudencia, el cálculo. Era la que experimentaba cada vez que llegaba a una cima y se asomaba a un valle nuevo. Una especie de excitación, un olor que lo atraía incluso más que el del ciervo o el de la gamuza. El olor del descubrimiento.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Fausto, Silvia y Babette dejan la ciudad por el pueblo alpino de Fontana Fredda, pero los motivos que alientan el cambio no son los mismos. ¿En qué se diferencian sus elecciones? ¿Por qué eligen ese lugar para probar un nuevo modo de vida?
2. El restaurante de Babette es el punto de encuentro cotidiano entre los foráneos —Fausto, Silvia y Babette— y los montañeses. ¿Cómo es la relación entre unos y otros? ¿Se vinculan de la misma manera con la montaña y el medio en el que viven?
3. Fausto frecuenta la montaña desde la infancia. Para Silvia, en cambio, es un territorio por descubrir. ¿Este matiz influye en su manera de vivir la montaña? ¿Qué peso tiene regresar por un lugar visitado en la infancia?
4. Entre Fausto y Silvia hay una considerable diferencia de edad. ¿Creéis que eso condiciona el tipo de elecciones que toman? ¿Qué significa echar raíces o continuar viajando para cada uno de ellos?
5. Antes, Fausto escribía historias de parejas y relaciones. ¿A qué se puede deber que ya no le interese escribir sobre esos temas? ¿Qué ha cambiado en él y en su relación con su profesión de escritor?
6. Las profesiones y trabajos tienen mucha importancia a lo largo de la novela. Fausto carga con el rótulo de escritor en su carnet de identidad, pero ahora prefiere ser llamado cocinero; Santorso es, a ojos de todos, un guarda forestal retirado; y Babette es mejor conocida por el nombre que figura en su restaurante que por el propio. ¿Qué relación establece Paolo Cognetti entre trabajo e identidad? ¿Estáis de acuerdo con su enfoque?
7. Santorso es un personaje huraño y difícil que rezuma rabia, una emoción que muchas veces se atribuye en la literatura a los montañeses. ¿De dónde creéis que proviene esta rabia? ¿Cómo se posiciona Santorso respecto a los que vienen de fuera?

8. En la novela se retratan muchos vínculos entre padres, madres e hijos e hijas. ¿Cómo son estas relaciones? ¿Por qué creéis que Cognetti hace foco, especialmente, en los vínculos paterno-filiales?
9. Silvia es un personaje que conocemos, primero, a través de los ojos de Fausto, pero cuando ella sube al refugio, en la novela se introduce con más fuerza su punto de vista. ¿Por qué va ganando protagonismo este personaje? ¿Qué elementos introduce Silvia en la historia?
10. Los lobos han regresado después de mucho tiempo a la región y, aunque nadie los ha visto aún, todos hablan de ellos. ¿Qué representa el regreso del lobo? ¿Cómo convive cada personaje con la posible presencia de este animal?
11. En la carta que le envía a Fausto, Babette hace una reflexión acerca de cómo percibimos los paisajes que nos rodean y cita un proverbio zen sobre las montañas. ¿Estáis de acuerdo con la reflexión de Babette? ¿En qué etapas de las descritas en el proverbio situaríais a cada uno de los personajes principales?
12. Fausto decide finalmente echar raíces en Fontana Fredda y hereda el restaurante y, de algún modo, el lugar de Babette en el pueblo. Si jugamos a especular, ¿creéis que con el tiempo acabará sintiendo lo mismo que expresa Babette en su carta?
13. Al final de la novela, Fausto piensa en los modos de buscar la felicidad que tienen los árboles, los herbívoros y los lobos. En esos modos tan distintos de estar en el mundo y de perseguir la felicidad, ¿veis reflejados a los personajes de la novela? ¿Qué analogías se pueden hacer?
14. Como el pintor japonés Hokusai, que hizo una gran serie de grabados del monte Fuji en distintas épocas del año, Paolo Cognetti retrata los Alpes italianos a lo largo del ciclo estacional. ¿Por qué el paso de las estaciones cobra tanta relevancia en la novela? Si se tratara de una historia ambientada en la ciudad, ¿creéis que las estaciones tendrían la misma importancia?

15. Paolo Cognetti retrata un entorno natural donde, a diferencia de la naturaleza más indómita, coexisten animales salvajes, ganado, montañeses, alpinistas y visitantes ocasionales. ¿Cómo es esta interacción? ¿Cuál es el reto que supone la explotación turística y deportiva de la montaña?
16. La manera como el ser humano imagina las montañas y se relaciona con ellas ha ido cambiando a lo largo del tiempo, desde los antiguos temores que mantenían a los montañeses lejos de las cumbres hasta la fiebre por conquistarlas y batir récords, pasando por la actual masificación turística de montañas míticas como el Everest. ¿Qué modos de vincularse con la montaña se retratan en la novela? ¿Creéis que Cognetti ofrece una visión realista de la montaña o en su mirada hay una romantización de la naturaleza?
17. En el refugio, Silvia le pregunta al sherpa que trabaja con ella por qué los alpinistas van en busca de las cumbres, y tanto en su pregunta como en la respuesta de Pasang resuenan las palabras que, supuestamente, George Mallory pronunció antes de emprender una expedición al Everest: «Porque está ahí». ¿Cuál es la reflexión que Cognetti abre respecto al deseo humano de alcanzar la cumbre?

EL AUTOR



© Roberta Roberto

PAOLO COGNETTI (Milán, 1978) ha trabajado como documentalista, y ha sido durante mucho tiempo un enamorado de Norteamérica, especialmente de Nueva York; allí pasó temporadas antes de irse a vivir, a los treinta años, a un pueblo de los Alpes italianos. Ahora reside entre su ciudad natal y la montaña, desde donde escribe. Ha publicado libros de cuentos y ensayos sobre escritura. En lengua española se ha tradu-

cido su diario de la vida montañesa *El muchacho silvestre*, la guía *Nueva York es una ventana sin cortinas*, la crónica de su viaje por el Himalaya *Sin llegar nunca a la cumbre* y la novela *Las ocho montañas*. Esta ha sido publicada en treinta y nueve países con gran éxito por parte de la crítica y los lectores, y ha sido galardonada con el Premio Strega, el Prix Médicis Étranger y el English PEN Translate Award.

DECLARACIONES DEL AUTOR

«Una de mis obsesiones es que nuestro nombre y el trabajo que hacemos no sean nuestra cárcel. Me gustaría pensar que podemos vivir identidades diversas.»

«Igual que Fausto, volví a la montaña como invitado, pero ha acabado siendo mi lugar —explica—. Ahora he abierto un refugio. Quiero echar raíces, acoger a quien quiera venir, cocinar para ellos. En la vida es más fácil ser el vagabundo que el que se queda. Establecerte en un lugar y generar algo es un gesto adulto.»

«Es terrible querer tanto a la montaña y darte cuenta de que tú no le importas nada a ella. Si un día desaparecieras le daría igual, porque vendría otro, o incluso nadie, y ella continuaría existiendo. A la vez, esta indiferencia es una consolación. Cuando estoy en la montaña tengo más conciencia del paso de las estaciones. A la pequeña muerte que representa el otoño la sigue la muerte real del invierno, y en la primavera todo renace: los árboles y las flores cobran vida, y el agua lo vuelve a llenar todo.»

(Declaraciones extraídas de una entrevista al autor realizada por Jordi Nopca para el diario *Ara*)

